



ETHOS EDUCATIVO

ISSN 1405-7255 • II ÉPOCA • MORELIA, MICHOACÁN, MÉXICO

JOAQUÍN BARRAGÁN ROSAS
VOLVER AL ORIGEN

NICOLÁS MALINOWSKY
**LA CONTRIBUCIÓN DEL
PENSAMIENTO COMPLEJO
A LA REVOLUCIÓN DE LA
INTELIGENCIA HUMANA**

ANTONIO VIÑAO FRAGO
**MODOS DE LEER,
MANERAS DE PENSAR.
LECTURAS INTENSIVAS Y
EXTENSIVAS**

BEATRÍZ RAMÍREZ RUBIO
**POLÍTICAS LINGÜÍSTICAS:
PROBLEMÁTICA Y
TENSIONES**

DIEGO SEVILLA MERINO
**LA LEY MOYANO Y EL
DESARROLLO DE LA
EDUCACIÓN EN ESPAÑA**

JOSÉ REYES ROCHA
**LA MODERNIDAD
EN LA EDUCACIÓN:
¿DISCURSO PEDAGÓGICO
NEOLIBERAL?**

MONAHENG M. SEFOTHO
**LOS NIÑOS HUÉRFANOS
POR VIH/SIDA**

DOSSIER
**JOSÉ CEBALLOS
MALDONADO,
NARRADOR MICHOACANO**



♦40♦

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 2007

DOSSIER

José Ceballos
Maldonado

Narrador michoacano



El sospechoso. Técnica mixta.

Vida y obra de José Ceballos Maldonado

Héctor Ceballos Garibay



Itinerario de un hedonista

“Pepe”, como le nombraban sus amigos, nació el 16 de marzo de 1919, en Puruándiro, Michoacán. Cuando contaba con siete años de edad, sus padres –José y Soledad– se trasladaron a vivir a Uruapan, una de las ciudades más grandes y prósperas del Estado. Apenas cumplidos los diez años y a instancias de su padre, quien para entonces laboraba como dependiente en un establecimiento comercial de ropa, obtuvo su primer empleo de mozo en la tienda El Porvenir. Dado que era el segundo hijo y el primer varón de una familia de escasos recursos en aquellos tiempos donde aún se padecían los efectos devastadores de la Revolución, Pepe no tuvo otra opción que contribuir con su granito de arena al sustento de sus hermanos, doce en total, de los cuales tres mujeres fallecieron a consecuencia de la mala calidad de vida que les tocó en suerte.

Una vez terminados los estudios de la primaria, y renuente a someterse a la disciplina patronal, el todavía adolescente prefirió independizarse e invirtió sus ahorros en instalar un estanco en el concurrido portal situado frente a la Plaza de los Mártires de Uruapan. Ahí, en ese establecimiento rudimentario e improvisado, que asimismo le servía de habitación por las noches, vendía periódicos, revistas, cigarros y dulces. Pero la actividad comercial, a pesar de que era el destino al que afanosamente le inducía su padre, no le satisfacía como promesa de futuro.

Una vez terminados los estudios de la primaria, y renuente a someterse a la disciplina patronal, el todavía adolescente prefirió independizarse e invirtió sus ahorros en instalar un estanco en el concurrido portal situado frente a la Plaza de los Mártires de Uruapan. Ahí, en ese establecimiento rudimentario e improvisado, que asimismo le servía de habitación por las noches, vendía periódicos, revistas, cigarros y dulces. Pero la actividad comercial, a pesar de que era el destino al que afanosamente le inducía su padre, no le satisfacía como promesa de futuro.

Por ello se forjó enseguida una meta diferente y más ambiciosa: proseguir los estudios y terminar una carrera que le permitiera portar un certificado profesional. Para lograr su objetivo requería el auxilio de un alma carita-

tiva; comenzó, pues, a escribir cuantiosas cartas solicitando ayuda a los tíos pudientes que vivían en Morelia. Uno de ellos, el Lic. Carmelo Maldonado, vislumbró dotes sobresalientes en el joven y aceptó la encomienda de proporcionarle casa y comida en la capital michoacana a fin de que el sobrino pudiera estudiar la secundaria y la preparatoria en las insignes aulas de la Universidad Nicolaíta.

Antes de trasladarse a Morelia, cuando contaba con trece años, padeció la más dolorosa de todas sus pérdidas afectivas: la muerte de Soledad, esa idolatrada madre de larga cabellera y ojos de fulgor nostálgico que asediada por los continuos y agobiantes embarazos apenas si tuvo tiempo de cuidar de él. A su padre (quien pronto casó con una joven costurera con la cual procrearía otros cuatro hijos), por el contrario, no le guardó estimación ni respeto particulares: siempre lo consideró un hombre limitado en intelecto y en sensibilidad, un ser desprovisto de temple e incapaz de superarse a sí mismo. A manera de subterfugio frente al dolor y la desprotección, el destino le deparó un consuelo y una vocación para toda la vida: leer y escribir. Comenzó así, sin la tutela de nadie y sin contar con antecedentes ilustrados en su familia, un perseverante esfuerzo de expresarse día tras día a través de la pluma y una pasión inextinguible por atesorar la sabiduría de los libros. Fue entonces que descubrió a los autores clásicos juveniles: Verne, Salgari, Dumas, Stevenson, Defoe.

A partir de 1935 vivió en Morelia, instalado en un cuarto de azotea de la casa del tío Carmelo, ubicada en el costado norte de la céntrica Plaza de la Soterraña. El agradecimiento que le profesaba a los tíos, Carmelo y Cholita, no fue suficiente como para mitigarle la dolorosa percepción de que era un sujeto arrimado, un adolescente desvalido y marcado por una deficiente formación educativa previa y por una perniciosa timidez. Para colmo, cargaba el pesado fardo de tener que obtener excelentes calificaciones escolares (su impericia frente a materias como matemáticas, ciencias y lenguas extranjeras contrastaba con su alto rendimiento en las disciplinas humanísticas), pues sólo así se ganaría el derecho al generoso asilo que le había caído del cielo.

Empero, en lugar de paraíso, esta primera etapa moreliana representó su breve “temporada en el infierno”: tropiezos en los estudios, soledad agobiante, culpas y complejos sin cuento, carencia de dinero y de amigos, y esa nostalgia del terruño uruapense que laceraba su espíritu y adelgazaba

aún más su cuerpo enjuto. A fin de evadirse de ese averno conformado por su propio mundo interior, ideó algunas tablas de salvación: las caminatas diarias por las calles del centro de la ciudad, las visitas esporádicas a los templos de San Diego y Las Rosas (un solaz sorprendente para alguien que luego sería un ateo convencido), y el placer visual que sentía cuando, desde la ventana de su habitación, contemplaba las coloridas lomas de Santa María. En ese desvencijado cuartucho, que era a un tiempo su refugio y su prisión, se encontraba una holgada hamaca que colgaba de dos pilares apolillados; era su sitio preferido, el lugar en donde, recostado y en absoluto silencio, disfrutaba de sus mayores complacencias: leer novelas, garabatear su diario e imaginar los triunfos por venir.

Al cumplir los dieciocho años, la progresiva madurez conseguida a golpes de vida comenzó a conjugarse con esa “buena estrella” que, salvo en contadas ocasiones, lo guiaría por el resto de su itinerario vital. Fue aquél un tiempo de decisiones esenciales, y cuando confirmó su vocación irrevocable como escritor. Con varios amigos fundó la revista *Letras nicolaítas*. Numerosos cuadernos de versos rimados, que nunca se atrevió a publicar, emergieron de su inspiración. Luego de ciertos titubeos, eligió por fin la profesión de médico y la especialidad de pediatría como los caminos idóneos para alcanzar su ansiada meta de convertirse en un profesional exitoso e independiente. (Siempre argumentó que, de todas las carreras, eran los médicos quienes más rápido obtenían un estatus social prominente; suponía, además, que el manejo de la salud de los niños era la rama menos complicada de la medicina y que tal circunstancia le proporcionaría un mayor tiempo para la escritura.).

Nada, sin embargo, resultó tan relevante durante esta época venturosa como el encuentro amoroso con Julia Garibay del Río, una jovencita uruapense de catorce años, cuya esmerada educación (sabía de costura y gastronomía, interpretaba al piano a Chopin, Beethoven y Liszt, y dominaba el inglés y un poco de francés) y pertenencia a la clase acomodada, la volvían enormemente agraciada a sus ojos. Con ella se casaría en 1949 y juntos procrearían



tres hijos varones. Julia se convirtió, desde ese instante, en la más privilegiada de todas las “buenas suertes” que se le prodigaron en lo sucesivo. Fue su luz y su tierra firme. Una fortuna inconmensurable, pues Julia quizá era la única mujer de ese entorno tradicionalista y provinciano que tenía la suficiente generosidad y amplitud de criterio como para aquilatar sus cualidades y sobrellevar sus defectos.

Durante los años cuarenta logró por fin terminar sus estudios como médico cirujano en la Universidad Autónoma de Guadalajara, y, al poco tiempo, concluyó también la especialización pediátrica en el Hospital Infantil de México. Para sostener sus estudios tuvo que trabajar en distintos oficios y padeció situaciones embarazosas como cuando, siendo velador de un reformatorio de menores, cierta noche se quedó dormido por exceso de fatiga y varios de los internos aprovecharon la ocasión para fugarse; dada la gravedad de su falta, fue reprendido y perdió el empleo. Cuentan sus amigos, tanto los nicolaítas como los tapatíos, que mientras ellos se quemaban las pestañas aprendiendo en los libros de medicina, Pepe en cambio se presentaba a los exámenes insuficientemente preparado y desvelado, pues en vez de estudiar se dejaba seducir por la lectura de sus autores preferidos: Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski.



Durante la Residencia para obtener la especialidad en Pediatría.

Ya casado, su suegro, don Valente Garibay Palafox (quien fue presidente municipal de su ciudad en dos ocasiones), le regaló a su hija una casona en el centro de Uruapan; en ese domicilio, que también le sirvió de hogar, el joven médico instaló una clínica infantil en 1950. Sobrevino de inmediato un vertiginoso éxito profesional: la clientela se agolpaba en el consultorio y su fama se extendía hasta la Tierra Caliente michoacana. El ascenso social y laboral resultó tan espectacular que, a la vuelta de tres años, ya tenía los ahorros suficientes como para, auxiliado por dos hermanos menores, abrir varias farmacias que se coordinaron eficientemente con la clínica a fin de cubrir los requerimientos de salud de una población creciente.

El esforzado trabajo médico de aquellos años no lo alejó, por fortuna, de la disciplina diaria de escribir. Robándole horas al sueño, publicó *La palabra* (1950-1951), un entretenido pasquín donde sacaba a flote la estulticia de ciertos personajes provincianos, particularmente de la clase política y de los comerciantes codiciosos. La pasión por las letras se reactivó en 1957, cuando dirigió *El chinaco*, órgano quincenal con el cual incursionó en un periodismo de mayor calidad.



Con el General Lázaro Cárdenas del Río.

Al alborear los años sesenta, el contexto internacional (la Guerra Fría, la Revolución Cubana, etc.) y la efervescencia política nacional generada por el Movimiento de Liberación Nacional, encabezado por don Lázaro Cárdenas del Río (tío de Julia y su padrino de bodas), hicieron que el médico se sumara con entusiasmo, ya fuera como acompañante en las giras nacionales y locales o como contribuyente a la causa, a la gesta política que por aquel tiempo ocupaba al general michoacano (a quien más tarde rendiría tributo en su *Cárdenas: infancia y juventud*, libro editado por la Universidad Nicolaíta en 1970).

Esta breve incursión en las lides públicas le acarreó consecuencias contrastantes: por un lado, adquirió un amplio conocimiento de la geografía del país y reforzó su admiración por los líderes sagaces y benefactores de sus pueblos como lo era el ex presidente; y, por el otro, se ganó una fuerte animadversión de las fuerzas conservadoras uruapenses, que le endilgaron el paradójico mote de “comunista burgués”, un calificativo que en vez de injurarlo lo llenaba de orgullo. Fue en esta misma época cuando se convirtió en presidente de la Cruz Roja de Uruapan, amén de que trabajó de manera altruista y con ahínco en las jornadas médicas que brindaron nobles servicios a la comunidad.



Como presidente de la Cruz Roja de Uruapan, en 1963.

Durante 1963 y 1964, desconociendo su naturaleza de hombre afecto a la reclusión hogareña (donde podía dedicarse a leer y escribir con fruición), se dejó envolver temporalmente por una rutina laboral y social que acabó detestando: trabajaba durante el día y hasta la extenuación en la clínica, con varias parejas de amigos salía al cine y a cenar casi todas las noches, y los fines de semana asistía con su esposa a los bailes y convites de la alta sociedad uruapense.

Los lastres de esa parafernalia cotidiana se manifestaron a través de una aguda depresión psicológica. Para colmo, sus cuentos permanecían inéditos y la pluma sin usar. Uno de los médicos consultados, usando más la intuición que la ciencia, le dio un consejo atinado para aliviar sus males: ¿por qué no compraba un rancho y plantaba árboles? Comenzó así lo que sería su curación y su ascenso hacia la vida hedonista, justo cuando adquirió “Cholinde”, sembró ahí aguacates y flores, y construyó una casa de campo en las afueras de Uruapan. La parte más importante de su salvación anímica la dedujo él mismo: tenía que retomar y jamás descuidar su vocación literaria.

Entre fines de 1964 y 1969 publicó en México un libro de cuentos y dos novelas, tres obras que tuvieron un inusitado éxito de crítica y de ventas, sobre todo porque era un autor de provincia, ajeno a las mafias literarias de la capital. En 1970, luego de cerrar la clínica infantil, dejó también la casona del centro de la ciudad y se mudó a vivir a la “Barranquilla de Costo”, pequeña residencia ubicada en un rincón de su huerta y rodeada de los tupidos bosques purépechas. Había encontrado, por fin, su paraíso terrenal. Dos años antes, en ese mismo lugar privilegiado, a la vera de la carretera a Carapan, inauguró una importante empresa turística: el Motel Pie de la Sierra. (Dada su personalidad polifacética, nunca pudo dedicarse de tiempo completo al trabajo intelectual).

Dicho negocio, además de servirle en lo sucesivo como fuente principal de ingresos, le reveló asimismo que tenía una capacidad innata para el diseño arquitectónico (posteriormente, con el auxilio de su fiel cuadrilla de albañiles y sin dejar de gozar las lecciones que derivaba de su aprendizaje autodidacta, edificaría varias casas más y el Hotel Villa de Flores, construcciones hechas en un estilo regionalista muy original donde se fundieron en feliz armonía la madera, el hierro forjado, los azulejos, el tejamanil, la cantera y los techos de teja); un ejemplo notable, en tanto que logro

creativo personal, lo sería su último refugio doméstico, *Sés Jarhani* (que significa “paz”, en tarasco), terminado en 1980, donde hizo realidad el anhelo de poseer un espacio acogedor e idóneo para albergar su biblioteca de veinte mil volúmenes (otros trece mil, acatando su voluntad expresa, fueron donados al pueblo de Uruapan a los tres años de su fallecimiento).

Viajar por los más diversos confines del planeta conformó otro de sus deleites supremos, ya que de esa manera podía navegar a través de ríos y mares, subir hasta el último escalón de campanarios y castillos, recorrer a pie los bulevares y los callejones de las ciudades, visitar museos y palacios, admirar los paisajes ignotos y la beldad de las viandantes, beber un vino robusto en la placidez de la campiña y escuchar arrobado una sinfonía en un recinto célebre. De esta forma, a fin de gratificarse con las glorias artísticas de la humanidad, se convirtió en un trotamundos infatigable que realizó veintitrés recorridos, aproximadamente de mes y medio cada uno, la mayoría de ellos por el continente europeo, donde satisfizo su absoluta predilección por las joyas estéticas de la cultura occidental. En 1961, en una de sus estancias más largas (seis meses), también visitó el



En China, en 1961.

lejano oriente; al arribar a China, gracias a que portaba una carta invitación que le transfirió el general Cárdenas, tuvo oportunidad de dictar conferencias sobre historia de México en algunas de las fábricas y comunas rurales que visitó.

Asimismo, a raíz de estos periplos consiguió reunir una vasta colección de diapositivas sobre arte, mismas que no sólo le servirían para su regocijo personal, sino que también aprovecharía como material didáctico para impartir sus cursos de historia universal e historia del arte. Y fue precisamente ese don natural para la docencia, ese deseo generoso de compartir sus amplios y variados conocimientos con los jóvenes y el público en general, lo que se añadiría como una más de sus múltiples facetas en tanto que intelectual humanista. En efecto, numerosas generaciones de estudiantes uruapenses, inscritos en la Universidad Nicolaíta, todavía recuerdan aquella pasión arrolladora cuando, situado a un costado de una transparencia proyectada en la pantalla, su profesor disertaba en torno de las características estilísticas del gótico o del barroco.

Finalmente, convertido en un hedonista de tiempo completo, logró y explotó de manera creativa esa “plenitud de la vida” que suele acompañar la madurez de ciertos individuos. Durante casi tres décadas, con esporádicos interludios de pesar y melancolía, alcanzó y hasta superó la mayoría de las expectativas halagüeñas que se había forjado en aquellos tiempos lúgubres de su niñez y juventud.

A la hora de cosechar los frutos de sus esfuerzos, esos “trabajos” diversificados que tanta delectación le suscitaban, también tuvo a su lado los hados de la fortuna: gozó de una salud envidiable; mantuvo sus finanzas en el punto justo para satisfacer su apetencia voraz de libros y viajes; disfrutó del respeto y la estimación de la mayoría de sus paisanos (luego de haber padecido, en tiempos lejanos, la incomprensión y la hostilidad hacia su literatura); de manera voluptuosa y disciplinada, a pesar de que sólo publicó dos libros a lo largo de esta prolongada época, nunca dejó de escribir y corregir todos los días su diario, sus cuentos y la que fuera su última novela.

Con enorme contento se regaló aquellos paseos mensuales por la ciudad de México, adonde acudía con el propósito de satisfacer su avidez por la cultura: exposiciones, teatro, películas, ópera, y sus visitas asiduas a com-

prar libros en la Lagunilla y en las librerías de viejo; en sus últimos años, además de las artes plásticas y la literatura, descubrió el embrujo del jazz y se fascinó con el prodigioso universo visual que le es peculiar al cine; y, de entre todos estos gustos y regustos, el que tuvo mayor trascendencia para edificar su bienestar cotidiano fue la presencia afectiva y solidaria de su entorno amistoso y familiar, sobre todo de la imprescindible Julia y de sus hijos, los cuales únicamente hasta que dejaron de ser infantes se convirtieron para él en “personas interesantes” y en compañeros de correrías culturales.

Sólo una y muy importante frustración arrastró consigo hasta el final de sus días: el no haber tenido más tiempo y mayor prestigio como escritor. Pero, puestos en una balanza, tal como se revela en el diario que redactó en los aciagos días pasados en el hospital, jamás habría cambiado lo que realizó en la travesía de su devenir existencial, intensamente vivido en todas sus aristas, por el rostro efímero y veleidoso de la fama literaria. Fue por ello que aceptó la muerte con serenidad, una sabia templanza que sin duda era resultado de sentirse satisfecho consigo mismo. Sin remordimientos ni culpas estorbosas, supo pagar la factura de ser un *diletante*, tal como le gustaba describirse a sí mismo. Al encarar la inminencia de su muerte, producto de un cáncer asesino, en una hoja suelta escribió su epitafio, un mensaje lúcido y una síntesis luminosa de lo que abrevó de su paso por el mundo: “La existencia es un prodigio a condición de llenarla

con una labor que deje huella, aunque sea mínima. De lo contrario se habrá pasado la vida como sombra, como nada”.



En su biblioteca.

Al caer la noche, rodeado de los suyos, expiró apaciblemente en su residencia uruapense el 3 de marzo de 1995. Sus cenizas, depositadas en una vasija de barro multicolor, se guarecen en una casita de cantera situada en un costado del jardín de *Sés Jarhani*; alrededor de ese refugio eterno, tal como él alguna vez lo dispuso, sobresalen un seto de flores y unas enormes piedras volcánicas, rojizas y rugosas, que apuntan al cielo.

Avatares literarios de un escrutador de almas

José Ceballos Maldonado escribió muchísimo, desde que tenía dieciséis años hasta unos cuantos días antes de su muerte, pero sólo publicó cinco libros en vida: tres novelas y dos compilaciones de cuentos. Cotidianamente batallaba con la pluma y corregía una y mil veces sus textos; a veces bajaba de su biblioteca regocijado con los logros obtenidos, y otras tantas permanecía dubitativo sobre la calidad de lo producido. Su carácter inseguro e hipercrítico lo obligaba a desechar bastante de lo que había avanzado y así volvía a comenzar sus escritos casi desde el principio, sobre todo si había estado alejado de ellos durante cierto tiempo. Y si a esta manera pausada y escrupulosa de pulir su prosa le añadimos las múltiples ocupaciones que merecían su atención (negocios, docencia, atención a pacientes, viajes, etc.), pues entonces no debe sorprender el hecho de que su obra editada sea tan escasa.

El hecho de vivir en provincia, cuando el poder cultural se concentraba y centralizaba excesivamente en la ciudad de México, tampoco contribuyó a motivarlo para que se hubiese dedicado con mayor profesionalismo y exclusividad al ejercicio de las letras. Sus dos primeros libros fueron ediciones costeadas de su propio peculio, y aun a pesar del relativo éxito que alcanzaron, ninguna editorial importante se interesó por su obra posterior; para colmo de males, todas las casas donde editó sus libros (Costa Amic, Diógenes, Novaro y Premiá) tuvieron una vida efímera y de poco lustre. Al agotarse las primeras ediciones de sus libros, y debido a que no pertenecía a ninguna de las cofradías culturales en boga, pronto su nombre se diluyó en el olvido, salvo en los contados casos de críticos y amigos escritores a quien él personalmente había buscado para regalarles ejemplares de su creación.

Para nada lo favoreció el hecho de publicar en una época, los años sesenta, caracterizada por la bonanza de dos estilos literarios ajenos por completo al talante particular de su obra: por un lado, la exploración del universo juvenil y la reproducción del lenguaje coloquial clasemediero a través de las novelas de José Agustín, Gustavo Sainz, etc.; y, por el otro, la tendencia a innovar y experimentar tanto con las estructuras narrativas como con el lenguaje mismo: Sergio Fernández, Salvador Elizondo, Fernando del Paso, etc. En este contexto adverso, la prosa de Ceballos Maldonado fue bien recibida por los principales comentaristas de aquel

entonces, pero no ocultaron un cierto dejo peyorativo al definirla como una producción esencialmente naturalista, localista y carente de vestiduras literarias.

En los actuales tiempos posmodernos, por fortuna, los juicios críticos y analíticos se han vuelto más flexibles y diversos. Quizá por ello, en la lectura y relectura contemporáneas de la obra legada por el escritor, hoy pueden encontrarse valores sociológicos y artísticos que no fueron debidamente ponderados durante aquella etapa signada por el furor vanguardista (la sobrestimación de la “nueva novela” francesa) y el ímpetu rebelde de los jóvenes.

Los cuentos de *Blas Ojeda* (Costa Amic, 1964), por ejemplo, destacan en primera instancia por el uso de un lenguaje directo, sencillo, coloquial, saturado de “palabrotas” referidas a la sexualidad. Empero, una lectura más profunda revela a un narrador capaz no sólo de recrear el lenguaje prototípico de sus personajes variopintos (comerciantes, burócratas, indígenas, profesionistas, etc.), sino que también tiene la habilidad de reconstruir de manera precisa y palpitante el microcosmos provinciano en su más crudo y patético acontecer.

De esta manera, gracias al bisturí filoso del escritor, en cada cuento se destazan las pequeñas y grandes *miserias morales* de esos sujetos que aparecen como “humanos, demasiado humanos”; y entonces nos percatamos de sus fantasías, enajenaciones, hipocresías, tabúes y, sobre todo, de las trampas sociales que los convierten en eternas víctimas de su propia mediocridad.

Es verdad que, como le suele suceder a los autores novatos, los textos son desiguales en su calidad literaria: algunos, los mejores, conservan su excelencia a pesar del paso del tiempo; mientras que otros, sobre todo los que se quedan al nivel de simples relatos, resultan un tanto excesivos, faltos de sutileza y por ello no alcanzan la redondez artística. Más allá de la escandalera que suscitó el libro en la fecha de su publicación (debido a que algunos uruapenses se reconocieron como personajes y montaron en cólera), lo trascendente para la historia de la literatura nacional es que varios de estos cuentos aún impactan por la fidelidad con la cual retratan esa mentalidad sexista, acomplexada, supersticiosa y adocenada que todavía pervive como lastre en el actuar de los seres humanos.

Los argumentos y personajes que pululan en la obra de Ceballos Maldonado, es cierto, no nacieron de su inventiva personal, sino que más bien son historias atesoradas a lo largo de su vida, ya fuera a modo de vivencias propias o a manera de experiencias indirectas. A este rico anecdotario le adjudicó la relevancia suficiente como para convertirse en materia literaria de su pluma y en fuente inagotable de conocimientos para los lectores. Así las cosas, sin que hubiera malicia contra nadie, su apuesta creativa consistió en tener la capacidad para reproducir eficaz y artísticamente los asuntos que suscitaron su interés como escritor.

Su primera novela, *Bajo la piel* (Costa Amic, 1966), constituye un homenaje a uno de sus libros preferidos: *Madame Bovary*, de Flaubert. La heroína, Tea, es la típica mujer candorosa y soñadora que, luego de casarse con Mario y tener con él dos hijos, descubre que padece una situación de absoluta insatisfacción sexual y personal. Atrapada y asfixiada por el claustrofóbico ambiente provinciano, saturado de un sinnúmero de convencionalismos, hipocresías, mendacidades y atavismos de toda laya, opta por el camino riesgoso del adulterio con Adrián a manera de único camino posible para huir del tedio, la ociosidad y su propio malestar íntimo.

Sus ilusiones pequeñoburguesas, su avidez insaciable y su apetencia de felicidad se estrellan finalmente contra la dolorosa realidad: el machismo secular, la mediocridad de los seres que la rodean, y la sobrestimación de los valores materiales que imperan en el conjunto de la sociedad. Y al igual que Emma Bovary, o Effi Briest (de la novela de Theodor Fontane) o Luisa (de *El primo Basilio*, de Eca de Queiroz), Tea también sucumbe como esposa y amante, víctima de sus propias ilusiones y a causa del ambiente social moralista y rígido que le tocó vivir.

Después de todo (Diógenes, 1969), narrada en primera persona, versa sobre las dramáticas peripecias de un profesor sodomita que arrostra, con valentía y dignidad, los prejuicios de una sociedad intolerante y homofóbica. El entramado de esta segunda novela se ubica, primero, en Guanajuato, y



Hedonista y escritor.

luego en la Ciudad de México, adonde el personaje Javier Lavalle arriba después de ser descubierto, vilipendiado y corrido de las aulas, destruyéndole con ello su prometedora carrera como docente universitario. La época de estas intensas vivencias, que refieren la aceptación definitiva de la preferencia sexual de Javier, su obsesiva búsqueda de compañía amorosa y los peligrosos rituales para seducir a sus alumnos, transcurre a mediados del siglo XX, es decir, cuando resultaba todo un desafío existencial asumir de manera voluntaria la transgresión de los valores impuestos por una ética autoritaria y dogmática que pretendía establecer lo que conformaba la normalidad y la anormalidad en las relaciones sexuales humanas.

Sin caer en truculencias melodramáticas o en mensajes panfletarios, este libro toma partido a favor del derecho de cada individuo a escoger libremente la opción sexual que más le satisfaga. Dado que es una de las novelas pioneras de la literatura gay en el país, debido a la manera objetiva y natural como recrea su tema, y en la medida en que le apuesta a la defensa de la diversidad sexual, no hay duda que *Después de todo* marca un hito en la historia de la literatura mexicana.

Con *Del amor y otras intoxicaciones* (Novaro, 1974), su segundo libro de cuentos, Ceballos Maldonado se tropezó, por primera vez, con una reacción nada entusiasta por parte de la crítica especializada. Una pésima elección editorial acrecentó la desazón y el desconcierto de un escritor acostumbrado a recibir elogios por su trabajo literario. En esta ocasión, ciertamente eran más los cuentos fallidos que aquellos donde el narrador alcanzaba una plena artísticidad. Todos ellos, sin embargo, abordaban con indudable fruición diferentes asuntos referidos a la siempre enigmática sexualidad humana: la frigidez, la homosexualidad, el voyerismo, el onanismo, etc.

Y era tal el placer del escritor al bordear y profundizar en los misterios y las patologías ligados a la vida sexual, que pronto comenzó a interesarse por adquirir un saber propiamente científico de estas temáticas. A la postre, gracias a su sapiencia en sexología, escribió ensayos y dictó conferencias que tuvieron una loable función pedagógica y libertaria.

Luego de una década sin publicar, apareció su tercera novela: *El demonio apacible* (Premiá, 1985). El argumento refiere las relaciones amorosas, necesariamente efímeras y clandestinas, entre un profesor de prepa-

ratoria y dos de sus alumnas que se distinguen por su precocidad y avidez de mundo. Además de estas aventuras circunstanciales, Rodrigo, un tipo cincuentón, casado, de holgada posición económica, también mantiene un *affaire* amoroso con una mujer cosmopolita y desprejuiciada cuyo marido no la satisface sexualmente. A pesar de ser reiterativas y hasta un tanto egocéntricas las descripciones de los muchos encuentros eróticos de los personajes (faltó en este libro establecer una distancia pertinente entre la personalidad del *yo narrador* y la del propio autor), debe precisarse que detrás de la aparente trivialidad temática del libro, el novelista consigue regalarnos una radiografía sociológica tanto de la desazón que sufren los jóvenes frente a su incierto futuro así como de la grave crisis que carcome a las instituciones educativas nacionales: el abuso de las huelgas, la apatía de los estudiantes, las lacras del sindicalismo, las disfunciones de la burocracia universitaria, y la haraganería de los profesores.

En la novela póstuma, *Fuga a ciegas* (Coyoacán, 2005), el escritor michoacano explora los múltiples condicionantes de la mentalidad suicida y las variables psicopatológicas que atosigan a Gastón, un tipo quisquilloso que, no obstante su estabilidad económica y familiar, fantasea todos los días con encontrar el mejor método para quitarse la vida. Y su compulsión



erótica, ya sea que se masturbe o copule todos los días, tampoco le sirve de mucho como subterfugio para huir de sus propios demonios internos. Al abordar con enorme perspicacia este cúmulo de situaciones paradójicas, la novela alcanza su mayor logro en tanto que análisis de un personaje complejo y contradictorio. *Imágenes del desasosiego* (Secum, 2005) es una antología de algunos de sus mejores cuentos, amén de que tiene la virtud de rescatar tres textos valiosos que estaban inéditos. (Por cierto, su extenso diario, numerosos relatos, cartas y ensayos todavía están a la espera de un editor.) Y ciertamente encontramos en ellos las señas de identidad de toda la obra literaria del escritor: por un lado, un lenguaje diáfano, ágil, cautivante, sin barroquismos lingüísticos, pero nunca exento de imágenes poéticas; y, por el otro, estructuras narrativas sencillas, anécdotas que por lo general transcurren desde el presente hacia el pasado, casi siempre contadas en primera persona, y las cuales abordan el eterno desencuentro entre el individuo y la sociedad.

Un conflicto insoluble en donde los sujetos, acosados y coartados, buscan afanosamente su libertad o su felicidad; y producto de tal enfrentamiento, a veces triunfan y otras tantas sucumben. Para beneplácito de los lectores, las atmósferas geográficas e históricas, así como la psicología de los personajes (transfigurados en seres de carne y hueso) son recreadas con singular maestría artística, lo cual a la postre se traduce en un retrato certero y profundo de la tortuosa y apasionante conducta humana.

Desde esta perspectiva, la literatura de Pepe Ceballos no sólo resulta aleccionadora y muy disfrutable, también sobresale porque es capaz de reflejar y, al mismo tiempo, trascender el marco social específico donde se originó. En virtud de las múltiples cualidades de sus libros, un año antes de su muerte, el gobierno de Michoacán le otorgó el Premio al Mérito Artístico (1994).▲

Bibliografía

SANCHEZ B., Roberto y Gaspar Aguilera Díaz (coord.) *Creadores de Utopías*. Secretaría de Cultura de Michoacán. Morelia, 2007.

La cena*

José Ceballos Maldonado

Como todos los días, cerré mi negocio a las dos de la tarde y me dirigí a mi casa por la ruta de siempre. Veía las personas y las cosas con la indiferencia del que las contempla desde hace muchos años cuatro veces al día, dos por la mañana y dos por la tarde.

Al mismo tiempo, y también como todos los días, iba sintiendo en la barriga el delicioso mordisqueo del gusanillo del hambre.

Caminaba por el portal Carrillo cuando de repente, al cruzar la cafetería Myr, oí una voz de tonalidades vagamente conocidas que gritaba mi nombre:

—¡Bernardo! ¡Bernardo!

Me detuve y volví la cabeza. Un hombre alto y grueso, de lentes, avanzaba hacia mí. Venía con los brazos en alto, los ojos chispeantes y las comisuras de los labios distendidas en una risa que estaba a punto de transformarse en carcajada.

Lo examiné de una sola y rápida mirada; no lo conocía y me confundí un poco; me había detenido equivocadamente; el hombre llamaba seguramente a otro Bernardo. Iba a continuar mi camino cuando el hombre se plantó frente a mí poniéndome las manos sobre los hombros.

—¿No me conoces? —me preguntó.

Investigué su rostro cuidadosamente, un poco atolondrado, esforzándome por reconocerlo.

—Discúlpeme, no lo recuerdo...

El hombre soltó una carcajada.

—¡Soy Resendis! Francisco Resendis!

De súbito se me aclaró la memoria y me saltó el regocijo.

—¡Paco! —exclamé al fin.

Me negaba a creerlo. ¿Era aquel hombrazo Paco Resendis, mi compañero de escuela en México, el muchacho delgado, ágil, de pelo ondulado y frente estrecha, el tipo locuaz y agradable que nos ganaba las novias y a quien apodábamos, por apuesto, la Paca Resendis?

* CEBALLOS Maldonado, José. "La cena", en *Imágenes del desasosiego*. Secretaría de Cultura de Michoacán. Morelia, 2005.

Todavía con ojos asombrados retrocedí un poco para observarlo mejor. Frente vasta y reluciente; pelo corto y casi blanco, con reliquias de antiguas ondulaciones; cachetes abotagados y sudorosos; camisa de mangas cortas que enseñaba dos miembros como tronco y que se abombaba bajo la presión de un vientre majestuoso. Lentamente fui aceptando la realidad. En cambio, sentí inmediatamente la atracción de su antigua simpatía.

—¡Estás inconocible! —le dije.

—Tú te encuentras igual. Te reconocí inmediatamente.

—Los flacos nos defendemos mejor; pero los años cuentan para todos.

Permanecemos mudos, contemplándonos mutuamente.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté para romper el silencio.

—De paseo. ¡Pero qué coincidencia! ¡Qué gusto verte! Al tomar el tren en la estación de México también me encontré casualmente con el Pando. ¿Te acuerdas del Pando? Le decíamos así por borracho; creo que no le ha ido muy bien; hacía mucho que no lo veía.

Pero sigue siendo el mismo. Hosco y lengua suelta. «¡Te brincó el zorrillo a la cabeza, vale!» fue todo lo que me dijo después de reconocermelo.

Los dos lanzamos una risa estruendosa.

—¿Vienes solo? —inquirí.

Con mi mujer y mis dos niñas. Quiero que las conozcas; están aquí en el Myr.

La mujer me recibió con la boca torcida y una mirada impertinente y escrutadora. Nos saludamos reservadamente.

Con Paco hablamos de los antiguos compañeros, de los lances estudiantiles, de los años transcurridos desde que abandonamos la escuela, de nuestra situación actual, de los hijos, de las maravillas que tenía Uruapan y de la eventualidad que nos había reunido. Saltábamos de un tema a otro, atropelladamente.

De vez en cuando, con miradas oblicuas y disimuladas, observaba a la esposa. Su rostro se había dulcificado. Entonces reparé en que tenía cierto atractivo. Fumaba continuamente, amonestaba a sus hijas con voz gruesa y ruda y de rato en rato alargaba el cuello y erguía sus dos pequeños pechos perfectamente modelados por el brasier. «Es maniática», me dije a mí mismo.

Como se estaba haciendo tarde y como aún teníamos mucho que recordar, invité a cenar a Paco para esa misma noche.

—Invitaré a Joaquín Gallardo —anticipé—; también vive en Uruapan.

Cuando mencioné el nombre de Joaquín, mostró la misma expresión

de gusto y asombro que le vi al reconocerlo, desbordándose en exclamaciones de incredulidad y complacencia.

Empezamos otra vez a exhumar acontecimientos, evocando aquellos en que participó Gallardo. Nos arrebatábamos las palabras. Se me agolpaban en desorden episodios que creía olvidados definitivamente; otros me surgían fácilmente, nítidamente, con abundancia de pormenores, como si los acontecimientos hubieran ocurrido el día anterior.

Mientras hablábamos y reíamos la mujer de Paco nos observaba con atención, distendiendo los labios con sonrisitas de burla regocijada. La veía directamente y empecé a reparar en que tenía un hermoso rostro, con ojos verdes, grandes y luminosos.

¡El gran Paco! Habíamos sido muy amigos y llegué a mi casa sumamente conmovido, sumergido aún en los recuerdos. Se enfrió mi entusiasmo y volví a la realidad, cuando le comuniqué a mi mujer que tenía invitados a cenar para esa misma noche. Empezó por soltar exclamaciones airadas. Luego me dijo que no podía improvisar cenas para desconocidos, que no tenía suficiente carne en el refrigerador y que ya no quedaba tiempo para conseguir más, que no disponía de servidumbre porque le había dado permiso a las criadas para ir al cine esa tarde, que ella tenía cita con la peinadora, y que no tenía preparado ningún vestido decente para recibir visitas. No quiso saber nada de Paco y me advirtió terminantemente que no volviera a comprometerme con cenitas sin avisarle cuando menos con un día de anticipación.

Me exasperé y amenacé con largarme al demonio. Dije que no necesitaba de mi casa ni de mi mujer; que estaba harto de regateos, de contrariedades de toda índole y de falta de comprensión, y que llevaría a cenar a mis antiguos compañeros de colegio al comedor del Motel Pie de la Sierra, o con el Conde, donde serían atendidos estupendamente; porque en mi casa, en mi propio hogar, no contaba con una mujer que fuera capaz de improvisar una cena decorosa.

Cuando acabamos de discutir y se allanaron las dificultades llamé por teléfono a Joaquín para invitarlo a cenar.

A las nueve de la noche, hora en que había citado a mis amigos, todo se hallaba dispuesto.

Mi mujer, muy agitada, iba y volvía al comedor, a la cocina y a su recámara. Daba instrucciones a las sirvientas y afinaba el arreglo de la mesa. Cada vez que pasaba frente al tocador de su pieza se estudiaba por unos instantes. Unas veces se rebullía dentro del ajustado vestido jalándolo a los lados, abajo o hacia arriba, haciendo gestos de inconformidad;

y en otras ocasiones, apresuradamente, se componía de diversos modos los mechones de cabello que se había echado sobre la frente.

Yo, observando las manecillas del reloj a cada minuto, y poniendo atención a los ruidos que provenían de la puerta de la calle, ordenaba las botellas y las copas en la mesa de las bebidas, y seleccionaba mis mejores discos.

Di un salto cuando sonó el timbre. Paco y su esposa me dejaron asombrado. Con su traje oscuro, sus lentes, sus cachetes recién rasurados y su espléndida barriga, él se veía imponente y respetable. Y como ella era alta, esbelta y llevaba la cabeza levantada, lucía soberbiamente con su vestido rosa, sus joyas y el brillo y la inquietud de sus ojos.

Cuando se presentó Joaquín con su esposa hubo gritos de entusiasmo, porras y exclamaciones de las que gastábamos en la escuela. Las señoras, sonriendo, nos curioseaban con benevolencia.

Los instalé en la sala y en seguida me apresuré a acercar el servido de bebidas. Cuando entré con el carrito, en el que danzaban los vasos y las botellas con alegre estruendo, la señora de Paco hizo un gesto desacomodado, echó un violento chorro de humo de cigarro por una comisura, y me lanzó una mirada de reconvención que yo, en ese momento, no atiné a explicarme.

—Díganme qué toman -supliqué.

—¡Yo nada! -se apresuró a decir la señora de Paco—. ¡No me gustan las bebidas!

Lo dijo rudamente y todos, extrañados, volteamos a mirada. Se le habían descompuesto las hermosas facciones. Paco fingía no haber oído nada.

Atendí a los demás y me serví yo.

—¿Qué tomas? -le pregunté a Paco. ¡Necesitamos pescar una como aquellas que nos colocábamos en nuestros buenos tiempos!

—¡Francisco! -gritó inesperadamente la mujer de Paco.

Éste saltó de la silla, apagó el cigarro en el cenicero con mano temblorosa y explicó con palabras entrecortadas:

—Yo no tomo ... Estoy un poco delicado y la bebida me indispone ... Tolero solamente el vino tinto, y esto nada más durante el invierno, para entrar en calor. ...

Se rascaba la barba con rápidos arañazos de su dedo índice y nos veía con ojos conturbados.

—¡Eso sí que no! -protestó Joaquín. ¡Debes tomar algo! Paco soslayó tímidamente a su mujer.

—Bueno ... Un poco de whisky con mucha agua... Sólo para darle pequeños sorbos.

—¡Nada de bebidas, Francisco! —vociferó la señora. ¡No permitiré que me amargues la noche con una borrachera!

La majestuosa humanidad de Paco, desasosegada, se rebulló en la silla. Los demás nos quedamos inmóviles y desconcertados. La señora de Paco encendió un nuevo cigarro, irguió el pecho provocadoramente y sacudió la cabeza con resolución. Tenía los ojos ensangrentados.

—¡Ya sabes que detesto a los borrachos! —rugió.

Paco estaba turbado; pero se hizo el desentendido, tal vez obediente a su dignidad.

—¡Sólo un chorrito! —me dijo apurado presentando su vaso —; para darle sabor.

Al servirle apenas vi que le temblaba la mano y que chocaban entre sí los hielos del fondo. Como por descuido, todos quisimos solapar el caso. Únicamente la mujer de Paco, envuelta en el humo de su propio cigarro, permaneció vigilante y engallada.

A poco recomenzaron las risas y las bromas. Ciertas evocaciones nos enternecieron. Cuando puse en la consola discos de Agustín Lara ya estábamos medio achispados y arreció el alboroto. Los gritos de entusiasmo se transformaron en alaridos.

—¡Repite el “Farolito”!

—¡No! ¡Señora Tentación”!

—¡Mejor “Concha Nácar”!

La mujer de Paco, siempre velada por el humo del cigarro, nos observaba atentamente haciendo visajes desdeñosos y como de reconvencción.

Despejamos un rincón de la sala para bailar; y mientras apretábamos a nuestras mujeres pensábamos lánguidamente en las novias que habíamos tenido de estudiantes.

Brindamos por el afortunado encuentro y por nuestra vieja e indestructible amistad. Bajo la rígida supervisión de su mujer, Paco le daba traguitos a su whisky desteidido.

Cambiamos tarjetas con nuestros domicilios y teléfonos ofreciendo escribimos de vez en cuando, y esbozamos la posibilidad de reunimos de ahí en adelante cuando menos una vez por año.

Suscitóse una protesta general cuando mi mujer nos invitó a pasar al comedor. Sólo la señora de Paco obedeció al instante. Atravesó la sala con paso firme, el cigarro en alto, la frente levantada y el pecho adelanta-

do con arrogancia.

Durante la cena no decreció la animación. Continuamos desenterrando historias, diciendo agudezas y soltando escandalosas risotadas. La señora de Paco había comido excesivamente y, quizás por la hartura, hasta ella tenía el rostro alborozado.

Estábamos en los postres cuando empezamos a lamentar que la fiesta hubiera sido tan breve y que Paco tuviera que marchase al día siguiente.

—Si resuelves quedarte —propuso Joaquín—, mañana cenamos en mi casa.

—Imposible, tengo compromisos inaplazables.

—¿Compromisos? El único compromiso compatible con los tiempos que corren es el de divertirse —dije yo nada más por decir.

—No creas ... —respondió Paco con voz grave y profunda.

—¿Y la seguridad para los hijos? —intervino la mujer de Paco intempestivamente. ¿Y la salvación del alma? Esto es lo único que usted debería tener presente.

Me desconcerté. Sin embargo, algo me impulsó malévolamente a seguir con la broma.

—Me refiero a que los comunistas pronto vendrán a repartir nuestras cosas. Y mientras llegan, debemos disfrutar...

Inopinadamente la mujer de Paco se exaltó.

—¡Eso piensa usted! ¡Pero aquí jamás seremos esclavos de los comunistas!

Como soy lego en política y no sé discutir, preferí guardar silencio. Pero Joaquín, que es licenciado de profesión, y que entiende y le gustan esos enredos, me quitó la palabra y replicó festivamente:

—Señora —empezó a decir calmadamente—: personalmente no deseo que se establezca en nuestro país un régimen comunista, porque yo soy dueño de una envidiable situación económica. Poseo, como usted, mucho más de lo que necesito. No quiero entonces que se produzcan trastornos que alteren mi bienestar, ni estoy dispuesto tampoco a ser objeto de experiencias sociales. Me encuentro bien así. Infortunadamente para nosotros, las grandes transformaciones del mundo están por encima de nuestros pequeños y mezquinos intereses personales. Yo pienso que muy pronto, queramos o no, habrá en cada país de América un Castro Ruz. Es ordenamiento histórico. Y es también principio de justicia social.

La señora de Paco inmovilizó el cigarro, abrió los ojos y la boca, como dudando de lo que oía, y luego volteó a mirar a su marido. A éste le

bailaban los ojos detrás de los lentes. Se contenía trabajosamente. De todos modos consiguió decir con voz moderada, pero imperativa:

--Confío en la humanidad. No creo que nuestro destino nos conduzca inevitablemente a ser gobernados por locos sucios y barbones.

--¡Sí! -dijo precipitadamente la señora de Paco.

--¡Castro no se baña!

--Los hombres se salvarán --prosiguió Paco con palabras solemnes--, cuando se edifique en la tierra el socialismo cristiano. ¡Ahí está el verdadero camino!

Joaquín dibujó una sonrisita entre desdeñosa y suficiente.

--Discúlpenme que no esté enterado de si Kennedy huele bien o mal. No creo que esto y las barbas de Castro tengan importancia. En cambio sí es hartó significativo y patente que en sólo cuarenta y siete años, más de la tercera parte de la humanidad haya abrazado el marxismo.

--¿Aludes a los millones y millones de rusos, chinos, húngaros, etc., que un reducido grupo de asesinos y déspotas mantiene en la miseria, en la ignorancia, y en la más oprobiosa sumisión?

--¡Joaquín! -exclamó la esposa de éste. Por favor dejen la política. No conseguirán entenderse.

--¡Tan contentos que estábamos! --suspiró mi mujer.

Sin escuchar las objeciones, Joaquín prosiguió: -Esos mirones de que hablas quedan aparte; están bien ganados para el marxismo. Hablo de los cientos de miles de miserables que viven en la India; de los africanos, que se encuentran todavía en condición salvaje; hablo de los pueblos americanos del sur, explotados de siempre, que padecen hambre, ignorancia y desamparo; hablo de nuestra población indígena, de nuestros campesinos, de nuestros obreros...

--¡Pura demagogia! --interrumpió Paco. ¡Pareces líder de plazuela! ¡Te vaya comprar un cajón para que te subas a predicar!

--¡Y yo te conseguiré un tratadito de Economía Política para que estudies y aprendas a discutir de lo que no entiendes!

A Paco le temblaba la voz, las manos y los cachetes. A veces le presentía intenciones de levantarse para aplastar a Joaquín de un manotazo. Su mujer se había puesto encarnada, gesticulaba, fumaba rabiosamente y sus ojos chispeaban como brasas.

--¡Qué verborrea tan indecente! --criticó ella.

--Eres un sabiondo --replicó Paco. ¿Pero por qué asientas necedades? Hablamos de los pueblos que viven esclavizados detrás de la Cortina

de Hierro, y de pronto sacas a relucir a los africanos y a nuestros inditos. Respecto a nuestra población, con la que se te llena la boca, todo el mundo conoce la verdad porque se está viendo y palpando. Vive mal nuestro pueblo, ciertamente. Pero declara las razones. Di que lo embabuca el gobierno y lo extorsionan los líderes; y señala también, porque es cierto desgraciadamente, que es indolente, ignorante e irresponsable. ¿Cómo es posible que pueda redimirse de su miseria crónica con redentores como Lázaro Cárdenas?

Joaquín había estado compuesto y equilibrado. Después de ésto se desajustó.

—¡Puf! —exclamó—. ¡Es inaudito! Todo lo que tienes de grandote lo tienes de miope y extraviado.

—¡Y tú de leguleyo! ¡Ya cállate la boca!

—¿Callarme mientras vomitas barbaridades? ¡Cárdenas es el hombre más limpio y grande de México!

—¡Ja, ja, ja! —rió Paco artificiosamente.

—¡Con qué gente hemos caído! —señaló horrorizada la señora de Paco encogiendo los hombros, como para evitar contaminarse de los que la redondeábamos.

Paco respiraba con dificultad, se desplazaba de su silla a un lado y otro, y agitaba los brazos como alistándose para luchar. Nos arrojaba al rostro el humo del cigarro y yo empecé a temer que el debate degenerara en bronca.

Tengo una mentalidad cerrada a la política y en esta material, lo digo con sinceridad, no sé a quién le asista la razón. Y me tiene sin pendiente. A mí sólo me importaba liquidar la disputa.

—Yo creo —declaré con voz firme, pero comedida—, que deben callarse los dos.

—Que la señora también se calle —apuntó con entereza la esposa de Joaquín refiriéndose a la mujer de Paco.

—Por más que polemicen —añadí bien resuelto—, no conseguirán ningún acuerdo, y mucho menos ahora, que los encona la pasión. Ustedes no han de poner derecho lo que hay de torcido en el mundo. ¿Por qué se encarnizan y se fastidian la existencia?

—No es hombre cabal el que no sale por sus creencias y su ideario sentenció Paco doctoralmente.

—El creyente está obligado a sacarle el demonio a las gentes —sustrayó la señora de Paco.

—Señora mía —respondió Joaquín en un tono entre irónico y zum-

bón-, ¿quién de nosotros tiene adentro el demonio? Yo no, porque no me siento indigesto.

La esposa de Paco le disparó una mirada furibunda y tronó con voz indignada:

—¡Ah, no! ¡Permítame! ¡Yo no soy ninguna señora de usted!

Joaquín soltó una carcajada nerviosa.

—Bromeas —terció Paco—; pero sabes que se refiere a las ideas exóticas que tienen sembradas en la cabeza.

Joaquín enmudeció momentáneamente, mientras contemplaba a Paco con miradas de mofa y conmiseración.

—¿Qué entiendes por ideas exóticas? —preguntó Joaquín.

Sin titubear, altaneramente, Paco reveló:

—Lo importado, lo que es ajeno a nuestro pensar y a nuestro querer, lo que ambiciona conducimos por caminos errados, es decir, lo que no tiene el sello de México. En una palabra: ¡lo comunista!

El semblante de la señora de Paco irradiaba satisfacción. Acentuando las afirmaciones de su marido, concluyó:

—¡Eso! ¡Las doctrinas rusas que aquí nunca se implantarán!

Joaquín hizo un gesto displicente y alzó los hombros. —Presumo que no son ignorantes. Pero especulan sobre los temas sociales de hoy con una ingenuidad conmovedora. Discurren precisamente como lo haría un labriego zafio y cerril.

—¡Y tú como recitador de palabras bonitas, pero huecas! —interrumpió Paco.

—Insisten en que no seremos comunistas —continuó Joaquín—. Pero no quiero volver sobre lo mismo. Yo entiendo, y ya lo señalé al principio, que los pueblos son los que deciden acerca de su destino, los que liquidan las viejas estructuras sociales y los que desarrollan nuevas formas de vivir, de acuerdo con la dinámica histórica. Creo que si el pueblo mexicano, hoyo mañana, determina ser comunista...

—¿Otra vez con la monserga del pueblo? —vociferó Paco de repente. ¡El pueblo siempre ha sido masa, bulto, carnada en manos de bribones!

—¡No he terminado todavía! ¡Déjame hablar!

Paco tenía el rostro enrojecido y sudoroso. Levantaba los brazos y los agitaba amenazadora mente en el aire por encima de la cabeza de Joaquín. Sin oír advertencias prosiguió:

—¡De bribones desalmados como Castro, que domina al pobre pueblo cubano mediante el terror y los fusilamientos! ¡Castro y los rusos fueron el pueblo que estableció el comunismo en Cuba! ¡Ahí está tu pueblo!

—¡Déjame seguir!

—¡Pero no digas burradas!

Joaquín se impacientó.

—¡Aquí sólo hay un asno, y ese eres tú! Volvamos al exotismo. ¿Cómo te atreves a decir que las ideas han de ceñirse rigurosamente a su país de origen? ¡Que en México sólo debe existir lo mexicano! ¿Qué necesidad es ésta? Si fuera operante tu principio, el mismo cristianismo no hubiera sido otra cosa que una minúscula secta judía, en Palestina, que fue donde se originó. Y a estas horas estarías adorando a Huitzilopochtli, que es un Dios con sello mexicano al ciento por ciento, es decir, justamente como lo pretende tu teoría de lo exótico. Las ideas, zopenco, las doctrinas, nacen en un punto y se extienden por la faz de la tierra; no pertenecen a un hombre, ni a grupos reducidos; son de millones de hombres. Así se difundió el cristianismo y así se está propagando ahora el marxismo. Marx era alemán; y su doctrina está en Rusia, en Asia y en América.

Vi a Paco muy cerca del colapso, con el rostro congestionado y los ojos extraviados. Al principio balbució frases inconexas; después soltó con toda claridad:

—¡Estás blasfemando, estúpido! ¡Confundes la idolatría con la verdadera religión!

—¡Tú confundes también una doctrina económico social con falsedades y demonios! ¡Y no soy estúpido!

—¡Ni yo zopenco!

—¡Qué barbaridad! —exclamó abrumada la esposa de Paco.

Paco se levantó bruscamente bamboleándose un poco, como si estuviera ebrio. Joaquín saltó hacia atrás y permaneció a la defensiva. Entonces juzgué necesario imponer mi autoridad. Estaban en mi casa.

—¡Escúchenme! —grité con firmeza.

—¡Se van a pelear! —previno mi mujer.

—¡Por Dios, Joaquín, cállate la boca! —recomendó su esposa.

—¡Vámonos, Francisco! —chilló la mujer de Paco.

—¡Escúchenme! —grité con más vigor. ¡Aquí no se hablará más de política! ¡Todos somos amigos!

Nos habíamos puesto de pie alrededor de la mesa.

—¿Yo amigo de éste? —dijo Paco despectivamente.

—¡No queremos su amistad! —recalcó la mujer de Paco.

—¿Dónde está entonces la obligación que tienen de espantarnos los demonios? —preguntó Joaquín sarcásticamente.

Paco se estremecía. Avanzó unos pasos, adelantó el tórax de gigante y levantó la cabeza y los brazos. Tenía el aire arrebatado del poseso, del sectario contumaz. Voceó ante Joaquín a través de la mesa:

—El comunismo acabará pronto; ya empezó a descomponerse. Y Castro será el primero en reventar. Sobrarán los necios como tú, entripados de propaganda soviética y encandilados por el brillo de la libertad del mundo de occidente.

—Eres un terco candidato para el limbo. Mientras el comunismo prometa distribuir los bienes de los acaudalados en beneficio de los desposeídos, nada lo detendrá. Ni las armas atómicas ni las recomendaciones religiosas. Porque las necesidades son indomables y son mucho más numerosos los pobres. La única voz que éstos entenderán será la del reparto. Y te sobra razón en cuanto a nuestro mundo de libertad. La que más me deslumbra es la que viene de la España de Franco.

—¡Bien! ¡Ya lo veremos!

—Lo veremos!

—¡Te digo que salgamos de esta casa! —exigió la mujer de Paco.

Ganaron hacia la salida ciegos de cólera y sin despedirse de nadie. Iban atropellándose. Yo los seguía detrás sin saber qué decir.

—Ya no me acordaba de ese —dijo Paco mientras caminábamos por el pasillo—; es un perfecto animal, alegador insufrible y radical empedernido. Tiene cargazón de ideas disolventes. Ojalá estalle junto con Castro.

—¡Qué gentes! —contestó únicamente su mujer.

Los dejé en la puerta y regresé con Joaquín y su señora.

—Ahora recuerdo —me dijo Joaquín cuando entré al comedor—, que ya desde la escuela ese amigo era reaccionario impenitente, cerrado de la cabeza, de mala entraña, ventajoso y presumido; devoto de los hombres negros de México, desde Iturbide a don Porfirio; y muy rezandero.

Mi mujer estaba desolada. Cuando nos quedamos solos comentó:

—Presentía que iba salir mal esta cena...

La atmósfera del comedor estaba aún caldeada y enrarecida por el humo.

—¡Abre las puertas para que penetre el aire! —exclamé sofocado.

Me irritaba la nariz el tufo de las bachichas. En la mesa, delante de los lugares de Paco y su mujer, los ceniceros estaban colmados. Al vaciarlos en el bote de los desperdicios me acordé de la tarjeta de Paco. Antes de romperla y arrojar los pedazos a la basura releí sus señas, sin memorizarlas. No he tenido noticias de Paco porque nunca me escribió. Y no creo que la casualidad nos vuelva a reunir.▲



El adivino. Óleo sobre tela.

Una novela de tema psicológico*

En el año de 1964 se publicó el libro de cuentos *Blas Ojeda*, del escritor y médico michoacano José Ceballos Maldonado. Este libro fue saludado por la crítica como una obra bien lograda, y se expresaron los más merecidos elogios a su autor, en quien se advirtieron cualidades de buen prosista y narrador. Por su desenfado al tratar temas escabrosos, por la alegría y la vitalidad que resuman sus cuentos, y por la tendencia atrevida de sus temas, no faltó crítico que llamara a Ceballos el Boccaccio moderno, con notoria exageración desde luego, y con no poca injusticia por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas.

Esas cualidades descubiertas en *Blas Ojeda* son confirmadas en la primera novela de Ceballos, publicada también por Costa Amic, y que acaba de ver la luz con un nombre muy sugerente: *Bajo la piel*. (*)

El autor tuvo la deferencia de confiarnos la lectura de los originales, cuando la obra tenía un título provisional, muy poco expresivo por cierto: *El cabo suelto*. Resultado de la lectura que hicimos de las cuartillas a máquina fue una carta que hubiéramos enviado a nuestro amigo si no es que nos llegó la noticia de que ya se encontraba en prensa la obra. Entonces decidimos esperar el libro para ver si, por sugerencias de algunos críticos que también habían conocido los originales, o por propia iniciativa, Ceballos había introducido algunas modificaciones que a nosotros nos parecían necesarias.

Creemos que nuestro amigo dió su novela a las prensas con cierta precipitación, sin esperar las opiniones de sus amigos (nos referimos a los juicios valiosos de las personas a quienes consultó, y no a los nuestros, muy modestos y poco importantes en verdad). Si hubiera escuchado las observaciones de estas personas habría introducido cambios que redundaran en bien de la obra y de su prestigio de escritor.

* ARREOLA Cortes, Raúl. "Una novela de tema psicológico", en El centavo N° 71, Marzo. Morelia, 1967.

Se advierte desde luego, y esto hay que destacado en primer lugar, la calidad de la prosa narrativa de Ceballos. Sabe manejar los materiales expresivos con limpieza y logra presentar muy bien algunos personajes en su ambiente, con sus conflictos interiores, dándoles la dimensión adecuada. A veces, sin embargo, cae en el error de alargar sus párrafos demasiado, restándole agilidad a su relato. Algunos ocupan más de dos páginas y ello va en demérito de la fluidez de la prosa narrativa, vuelve pesados algunos pasajes de la novela.

El asunto está bien concebido, se ve que el autor maduró las situaciones y sobre todo se dedicó al estudio de los problemas psicológicos de su personaje principal: Tea, una mujer de la clase acomodada de la provincia, en un pueblo (obviamente Uruapan) donde el cúmulo de prejuicios se impone sobre la vida normal de sus habitantes; esta mujer, joven y ardiente, se aproxima al acto sexual con Sergio su novio sin llegar a realizarlo, porque el muchacho es rechazado en su casa y no hay posibilidades de que puedan casarse. Esta situación crea en la joven un trauma psíquico que la condena a la inhibición y a la frigidez, que no podrá vencer ni aun con su marido, cuando llega a casarse, ni tampoco con un amante que tiene, en medio de las zozobras del medio social tan reducido, tan pacato y tan hipócrita de aquella pequeña ciudad.

Tal parece que Ceballos se especializó en el retrato interior de Tea. Se complació tanto en él que descuidó los demás personajes. Los varones, Sergio, el novio; Mario, el esposo; y Adrián, el amante; se encuentran desdibujados en las páginas de la novela, a tal grado que llegan a confundirse. Carecen del vigor que tiene la *prima donna*.

El autor manifestó una tendencia hacia los temas sexuales en *Blas Ojeda*, y como descubrió la conducta hipócrita de sus paisanos (él nació en Puruándiro, pero se crió en Uruapan), el pueblo entero lo condenó al aislamiento. Esta *ley del hielo* será más cruelmente aplicada cuando descubran en los personajes de *Bajo la piel* gentes de la misma ciudad, tal vez pacientes de Ceballos, o sujetos ampliamente conocidos, cuyos problemas se comentan *sotto voce*, en los corrillos, en las tertulas donde a la cobardía se une la concupiscencia moral. Ceballos se ha atrevido a desafiar la hipocrecía provinciana, y esa actitud valiente merece todo nuestro aplauso. La única objeción que podríamos hacerle es que carga la mano en la descripción de los temas sexuales; tal parece que se complace en

esas cuestiones, como si encontrara satisfacción en ellas, o bien como si las pusiera en la novela como un simple reclamo publicitario. En nuestra época, la fortuna de los productores en el periodismo (desde que Hearst descubrió la fórmula mágica: sexo y crimen), en el cine, en la televisión y en la radio, se debe sobre todo a la explotación de esos temas. Aunque en el caso de *Bajo la piel* el tema central es un proceso de inhibición sexual, que haría imposible que no se tocara con crudeza el tema indicado, si creemos que a Ceballos se le volcó la tinta colorada, o trató de cargarla deliberadamente para tener más lectores.

La novela carece de final. Después de una persecución fatigosa por numerosas calles y plazuelas del pueblo, en que seguimos a Adrián que espera angustiado el descubrimiento de sus amoríos con Tea, y a la venganza del esposo ofendido, la acción queda trunca; le falta un remate digno, un coronamiento en que se llegara a cierto climax del conflicto íntimo de Tea, personaje con el que se encariña el lector, y que quisiera ver más hasta conocer el desenlace de su vida. Por cierto que el cúmulo de lugares que recorre el perseguido, acosado por su propia conciencia, es prolijo y poco atractivo para el lector; pudiera simplificarse un poco, hacerse más breve, con lo que creemos que no perdería en intensidad.

Felicitemos a José Ceballos Maldonado por este nuevo triunfo literario. Su primera novela ha nacido con buenos auspicios, y nuestra recomendación no puede ser otra: que siga adelante, que no detenga el curso de su obra para que nos ofrezca frutos cada vez más sazonados y agradables. ▲



Serena. Técnica mixta.

Después de todo, un clásico de la literatura gay mexicana*

El 26 de marzo de 1969 se terminó de imprimir la novela *Después de todo* de José Ceballos Maldonado, publicada por Editorial Diógenes en su colección “Escritores de Lengua Española”. A 20 años de la aparición de este libro, sin duda intrépido y conmovedor para su momento, se antoja pertinente –y justo– dedicarle unas cuantas líneas a manera de mínimo homenaje; pues, si bien *Después de todo* no puede ser considerada categóricamente como “la primera novela con temática homosexual” escrita en México, si debe ser asumida –y por ello es quizá lo más importante del asunto– como obra pivote –en nuestro medio– para la literatura homosexual mexicana de las últimas dos décadas; enmarcada en el contexto de los primeros brotes de las emancipaciones sexuales minoritarias, y de la propia revolución sexual (principios de los años ’70). *Después de todo* se constituye en punto clave para lo que a la fecha se da en llamar –aun discutidamente– literatura gay y cuyos representantes más divulgados en nuestra industria editorial, así como más leídos, analizados y/o puestos en tela de juicio son Luis Zapata (*El vampiro de la Colonia Roma*, *Melodrama*, *En jirones*); José Joaquín Blanco (*Ojos que da pánico soñar*, *Las púberes canéforas*); Raúl Rodríguez Cetina (*El desconocido*, *Flash back*); y, entre otros, Jorge Arturo Ojeda (*Octavio*).

La novela de Ceballos Maldonado aparece aún bajo los estertores sociales ocasionados por el movimiento estudiantil del ’68; y, asimismo, cierra el ciclo –en dicha década– de novelas que sobre el tema homosexual habían iniciado en nuestro país Miguel Barbachano Ponce con *El diario de José Toledo*; Paolo Po con *41 o El muchacho que soñaba en fantasmas*; y –publicaba justamente en el ’69– *Los inestables* de Alberto X Teruel.

* VALDÉS Medellín, Gonzalo. “*Después de todo*”, de José Ceballos Maldonado, un clásico de la literatura gay mexicana, en Sábado suplemento de **unomásuno**, Sábado 8 de abril de 1989. México.

Después de todo es novela de especiales valentía y resonancias, no sólo por la selección de su tema (en manos de un escritor heterosexual, con todo el cúmulo de instancias sensitivas e ideológicas que aporta el dato), sino por cuanto sicológica, moral y espiritualmente, Ceballos Maldonado pone de manifiesto al emprender la disertación de gérmenes y actitudes sociales que, todavía en la actualidad, consideran al tema homosexual como tabú. *Después de todo* ahonda en la vida provinciana y desenmascara con inverecundia, los espíritus timoratos y mojigaterías enclaustradas de una sociedad que, entonces sólo aparentemente, apunta a la modernidad, pero se resiste a las prioridades, evoluciones y cambios de la misma, en todos los aspectos referidos a la sexualidad.

Por tanto, las actitudes, trayecto narrativo y reacciones frente a la homosexualidad, propuestas en el mundo de Javier Lavalle, personaje vitalizado por Ceballos Maldonado en *Después de todo*, a través de una lectura actual, inciden en el sustento discursivo, en las bases de toda literatura de carácter homosexual: el lado oscuro de la vida privada de cualquier persona (o personaje) sólo puede estar anclado en los lindes de la permisividad heterosexistas. Esta es la idea, la tesis que subsiste en *Después de todo* y que la refrenda como un texto de ineludible vigencia. Pues es un hecho, la batalla por defender la dignidad de la condición homosexual (llamada también “integridad de la preferencia homoerótica”) aún no se gana del todo en nuestros días ni con el *mare mágnam* de publicaciones sobre el tema, ni con la vastedad de los movimientos de liberación homosexual que han servido para fincar muchos precedentes, que han hecho historia y dejado huella, pero también conocido (y propiciado) su propio estancamiento y la derrota compulsiva (a veces evadiendo la reflexión) de sus postulados mismos, sus acciones, prerrogativas, logros, errores y hechos.

Así, *Después de todo* invita a reflexionar, a introducirse analíticamente en el inconsciente colectivo de la comunidad homosexual en nuestro país. Y por eso, la novela de Ceballos Maldonado ha vencido el paso del tiempo, a la par que continúa apuntando, de manera directa, a través de las premisas estéticas de su autor, hacia la conciencia homosexual; de paso, *Después de todo* se alza como impugnadora vivaz, dotada de elocuencia, en contraposición a los moralismos castrantes y persecutorios que, después de todo –paradójicamente– han venido a hacentarse sojuzgantes, a partir de la aparición del sida.

Luis Mario Schneider considera: "...Ceballos Maldonado descubre los mecanismos del cinismo como única posibilidad de autoafirmación para poder salvarse de los prejuicios que la sociedad intolerante exige a la marginación homosexual..." "Los mecanismos del cinismo" a que hace referencia Schneider son precisamente los que han hecho de esta literatura: 1) Cúmulo de confrontaciones y polémicas; 2) Pasto de constantes invectivas; 3) Cenáculo de fervorosos aliados; y 4) Medio por el cual, por supuesto, la comercialización del tema ha inundado (tanto para bien y un mucho para mal) los panoramas editoriales, la industria cinematográfica, la literatura dramática y su ejercicio en el teatro, así como también los medios visuales (pintura y fotografía).

Y, *Después de todo*, fue la primera novela mexicana que trazó los caminos que llevarían al encuentro pleno, con este fenómeno socioartístico; que señaló dichos aspectos a partir de una necesidad vocativo de la minoría homosexual. Es este sentido no resulta descabellado parangonar a *Después de todo* con la literatura de la Onda, no sólo por las coincidencias cronológicas, sino por el incisivo enfoque que logra hacer de la literatura un desafío moral, en todos los sentidos y ejecuciones que puede tener el término.

Sin la ventilación honesta, autocrítica e imparcial que se lee en *Después de todo*, no hubiese sido tan aparentemente sencilla la acogida y aparición triunfal de dos textos que llegaron a la literatura mexicana convertidos, ya en clásicos de la literatura homosexual: *Ojos que da pánico soñar* de José Joaquín Blanco, ensayo que dio a luz el suplemento *sábado de unomásuno* y *El vampiro...* de Zapata, publicados en el andar de los '70 y que son, también, dos obras dignificantes de la literatura nacional, al lado de *Melodrama* de Luis Zapata, *Donde el gran sueño se enraiza* (Xëroddnny) de Kalar Sailendra y el *Octavio* de Jorge Arturo Ojeda, textos que sobrepasan la autocomplacencia discursiva (que con tanta frecuencia suele ser el peor enemigo de los escritores que abordan el tema homosexual) y la ineficacia formal, y la estética, que abunda en la literatura hecha por quienes se han conformado con la epidérmica y avestrútica actitud iconoclasta, que ya Ceballos Maldonado había dejado atrás agarrando al tema objetivamente, con pasión rastreadora de veracidad. y esto último lo da, precisamente, la introspección del personaje, Javier Lavalle, misma que el día de hoy puede desatar las discrepancias más lógicas, pero además, aporta elementos de valioso peso para la antropológica.

gía social y la microhistoria de la joven vida de la literatura homosexual de México.

Retomando la frase de Schneider, “el cinismo como única posibilidad de autoafirmación”, bien puede sustentarse el hecho de que Ceballos Maldonado se autofirma como narrador de primera magnitud a lo largo y ancho del *cinismo* que pule su literatura logrando una de las primeras grandes vueltas de tuerca al tema de la homosexualidad, compleja ecuación a despejar en la década de los ’70; ya que, no únicamente *Después de todo* sería su aporte, como injustamente se ha dado en creer: las letras mexicanas deben algunos de sus mejores relatos y páginas a otras novelas de Ceballos Maldonado poco difundidas, y a esos textos de extraordinaria madurez narrativa reunidos en *Del amor y otras intoxicaciones* (Editorial Novaro, 1974) donde Javier Lavallo vuelve a aparecer – “En el gris y sucio amanecer” – reincidiendo en sus angustias y rehilvanando su universo convulso porque “lo demás no pasó para siempre sino que sólo acaba de empezar”.

Si *Del amor y otras intoxicaciones* supera en el sentido artesanal a la redacción de *Después de todo*, ello se debe a un lustro de riguroso trabajo escritural; cada cuento en *Del amor y...* –incluyendo al que desprende *Después de todo*– cierne su estructura; la desborda y la contiene –al mismo tiempo– en un meritorio discurrir reflexivo, sun cortapisas. Sin embargo, lo que el lenguaje literaturizado llama “monumentalidad de una novela”, continúa sosteniendo a *Después de todo*, cuyos pasajes y contracciones anecdóticas de mayor verismo, anclados a la realidad subterránea del personaje homosexual, persisten como logros de evidente destreza literaria.

Manifestar el derecho a la homosexualidad fue en el tiempo de *Después de todo* no sólo un arranque de “cinismo”, fue la lucha abierta, verdaderamente minoritaria y radical que hoy –cada vez con mayores alternativas– consuma las garantías individuales de los homosexuales. El “cinismo” de Ceballos Maldonado y/o de Javier Lavallo es más bien un escudo de lucidez que, visto en retrospectiva impone y defiende a la vez que define, a la diferencia sexual. La honradez de asumirse como homosexual en un momento de la historia de México en que las evoluciones no podían (ni debían) refrenar su paso, hace de *Después de todo* una pionera de la liberación homosexual en la novela mexicana.

Por principio de cuentas, partiendo del autoescarnio (que en la prosa de Ceballos evade la autodenigración que posteriormente se convertiría en pancarta más que eficaz, teñida la mayoría de las veces por elementos de carácter naturalista y antisicologicista) y el instinto trágico –de amalgama realista–, Ceballos Maldonado impulsa una escritura descarnada, autoinmulatoria de tan altos vuelos y agobios, que puede presentarse antes las almas cándidas como *escritura maldita*, pero en realidad no hace más que emparentarse a la obra de Oscar Lewis.

Culpabilidad, amor que se somete a la más férrea soledad, dudas existenciales, acto de contrición eternizado, el andar de Javier Lavallo rompe sistemáticamente la “predisposición de vivir en el autoengaño” a que este personaje se ve encadenado para padecer en círculos concéntricos lo que él llama: “La inesperada revelación de todo un mundo. Y sin mediar una sola palabra explicatoria”.

Culpabilidad que se asume, pero no se solaza; eterno retorno al desamor que suscita una anagnórisis contundente, aunque discutible, pues el personaje Lavallo encarna un tipo de conducta y concepción homosexual que el tiempo ha ido dejando atrás con la maleabilidad de sus espacios y contextos históricos. Dice Javier Lavallo de “eso” –que en el lenguaje vergonzoso de su hermana Lucila quiere decir homosexual– “no se adquiere por antojo; ni es posible desecharlo a voluntad, como todo el mundo supone con cierta ligereza; ocurre simplemente que uno es así. Seré como soy hasta la ausencia completa del apetito sexual o hasta la muerte. Y confieso: me gusta mi estado; pero al mismo tiempo puntualizo: yo no lo elegí”. Dicho tono doloroso, de criminal desamparado, demolido empero por la injusticia, se mantiene a lo largo de la novela como un rictus que ahora parecerla no tener razón de ser, pero que sin embargo la tiene, ya que el agrio rozo –por no llamarle padecimiento– de la homosexualidad de Lavallo sigue siendo el mismo, pero ahora revestido de otras características: una de ellas pervive en toda la literatura mexicana escrita en las últimas dos décadas: la intensidad existencial que es zozobra del espíritu en fin del siglo.

Y aquí, Lavallo pisa firmemente el terreno de la lucidez; su introspección pasa de la mera sensibilidad a la más aguda inteligencia, por más que ésta aparezca imbuida de petulancia o prepotencia: “Nosotros (los homosexuales) formamos un linaje de seres supersensibles que registramos sutilezas

que pasan inadvertidas para el hombre común. Poseemos algo así como un sentido particular de defensa. Por eso resulta fácil husmear las cosas que nos atañen aun a gran distancia de lugar y de tiempo.” Petulancia o prepotencia, quizá agresión, pero no gratuita, sino fincada en las mismas catapultas cargadas de rechazo y relegación, hacedoras de *ghettos*, finiquitadas por el aparentemente infranqueable dogma judeo-cristiano.

Finalmente Lavalle: “...he vivido sin inhibiciones ¿Pueden entenderlo? No durante algún tiempo, que es por lo que opta la mayoría de ustedes, sino eternamente. He vivido así y no me siento amargado a pesar de los numerosos reveses. Porque, después de todo, eso es lo que importa”.

En alguna plática de amigos, Emmanuel Carballo me refirió lo que para él había sido —y sigue siendo— uno de sus móviles más fuertes para ejercer la crítica: el apostar por los que van a quedar en la literatura mexicana. Emmanuel apostó a la importancia de *Después de todo* publicándola en Diógenes; apostó no para ganar él, sino para hacer ganar a la literatura mexicana, como lo ha hecho con tantos y tantos escritores; la historia y el tiempo siempre han dicho la última palabra, Emmanuel sigue apostando y ganando, con toda la garantía que sus juicios establecen.

Esto no es gratuito, como tampoco lo es asegurar que José Ceballos Maldonado es un autor que necesita ser revalorado y cuya obra exige el análisis continuo y profuso, así como la divulgación más fructífera. Y esto, se insiste, no es gratuito, se inscribe en una realidad inexpugnable: *Después de todo* es el inicio de la narrativa *gay* (impulsada con todos los riesgos de su momento) en México; es la obra que abre la actual perspectiva de la literatura homosexual mexicana que, injustamente (o debido quizá a la gestación de *Después de todo*, como quiera que sea, en el umbral de la sordidez) quiere encumbrar a *Ojos que da pánico soñar* de José Joaquín Blanco como el primer texto que yergue la espada de la verdad homosexual sobre el campo (sexista) de batalla, cuando lo único que hace blanco es continuar el camino andando largamente por Ceballos Maldonado.

A 20 años de su publicación, con una reedición en Premia, *Después de todo* se reubica hoy, más que nunca en el sendero de la literatura más combativa y estimulante de nuestro fin de siglo mexicano. ▲



Secretos. Óleo sobre tela.



La pareja. Técnica mixta.

José Ceballos Maldonado

*Después de todo**

En su primera novela, *Bajo la pie* (1966), el novelista mexicano José Ceballos Maldonado analiza hábilmente un caso de adulterio en una pequeña ciudad de provincia. *Después de todo* retrata a un homosexual cuya anormalidad lo enfrenta a la sociedad y destruye su prometedora carrera de maestro universitario. Sentado en su habitación, en la ciudad de México, el indigente y cesante narrador-protagonista, se encuentra interrumpido frecuentemente por otros desviados, mientras él graba episodios sexuales de su pasado y el subsecuente despido de la Universidad de Guanajuato.

La sencilla yuxtaposición del presente y pasado, sostenida a través de toda la novela, da una gran profundidad al retrato psicológico, e ilumina al mismo tiempo ese tenebroso mundo de una porción de la sociedad aun escasamente comprendida. Sin embargo el autor, médico de profesión, ni condena ni justifica la homosexualidad. La conclusión, al final del libro, tiene tal aire de dignidad y sinceridad, que parece solicitar una mayor tolerancia y comprensión: “he vivido de acuerdo con lo que quiero y lo que soy... y no me siento amargado... Porque, después de todo, eso es lo que importa.”

El fácil manejo del lenguaje, el profundo análisis del carácter humano, coloca a Ceballos Maldonado como uno de los mejores escritores psicológicos de hoy.▲

* McMurray, George R. “Libros Extranjeros”, en. *Revista trimestral de Literatura Internacional*. Universidad del Estado de Colorado. 1970.



Nicanor. Técnica mixta.

de nuestra portada

Luis Fernando Ceballos

Luis Fernando Ceballos Garibay, (Uruapan, Mich. 1953), estudió en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda (ciudad de México). Adscrito a la nueva figuración, su lenguaje plástico se caracteriza por un intenso cromatismo y formas que plasman un arte fantástico de nuevo cuño. Hoy día incursiona en el campo de la imagen fotográfica manipulada digitalmente, con base en los desarrollos tecnológicos que han brindado nuevos medios a la creación artística. **Premios:** “Italia per l’Arte”, Vetrina degli Artisti Latino Americani, 2000; Miembro del Salón Nacional del Dibujo, 2002; “Lorenzo Il Magnifico”, Biennale Internazionale dell’Arte Contemporanea, Florencia, Italia, 2003. **Exposiciones:** más de un centenar de exhibiciones individuales y colectivas en Nueva York, Madrid, Salzburgo, Venecia, Florencia, Turín, Padua, Piacenza y Jena, y en la ciudad de México, Morelia, Guadalajara y Cancún. **Obra en colección permanente de museos:** treinta trabajos suyos forman parte del acervo del Museo Ralli de Arte Latinoamericano, de Punta del Este, Uruguay.

Comentarios sobre la obra de Luis Fernando Ceballos

“Absolutamente novedosa, la obra pictórica de Luis Fernando Ceballos muestra un original lenguaje simbólico que, insólito y distintivo, podría ser calificado como simbolismo filosófico o incluso mántrico. En efecto, sus cuadros dan cabida a una sugerente dimensión espiritual, que deja poco espacio a la mera preocupación academicista. Desde el punto de vista técnico, sus trabajos están muy bien cuidados. Parecen sencillos, pero son en extremo complejos. Este artista domina el oficio: simplifica para llegar a la solución. Respecto del manejo del color, Ceballos inventa sus propias reglas, conforme a las cuales confiere el mismo valor colorístico a los distintos planos de la composición, donde todo es importante, tanto el motivo central como el fondo. No hay desperdicio en sus telas. Me impresiona también la vivacidad, la energía, la intensidad detrás de las formas. La urgencia de la imagen. Su invitación a ser contemplada. La

huella visual que imprime sobre el espectador. Me gustaría vivir con estas pinturas, para conocerlas, para introducirme en ellas, para descubrir este nuevo mundo propuesto por Ceballos.”

John T. Spike

Crítico de arte neoyorquino

“La pintura de Luis Fernando Ceballos pone en evidencia que el cuerpo es un nudo de fuerzas; que por sus formas y volúmenes, antes que un significado pleno, pasan siempre las direcciones de energías y tensiones que lo organizan, el trazado de unas líneas de impulso que terminan por constituirlo. El cuerpo es, así pues, y antes que otra cosa, *su sentido* (nuestro idioma permite aquí un juego de palabras *pleno de ambigüedad*, tal como dijera Barthes sobre el *sens* francés, que implica también, a su vez, significación y vectorización). Conque el cuerpo, pues, se articula en torno al movimiento de sus propias masas que es seguido de cerca por la cristalización de lo semántico. Iconografía gestual. Así que habremos de ponernos a buscar qué cuentan, qué dicen todas estas potentes pinturas tomando como punto de partida lo pregnante y decisivo que en ellas son las formas en que cristalizan la gestualidad y sus ritmos, la danza y su mímica. Fíjense, si no, en la enorme cantidad de manos lanzadas hacia arriba: sus expresivas, minúsculas manos, de afilados dedos, se reparten estratégicamente por la extensión del plano del cuadro salpicándolo de una señalética tan sugerente como misteriosa. Son hitos, o los enclaves señeros de una especie de cartografía celeste que convierte su pintura en una constelación: el vacío entre los signos decisivos.”

Óscar Alonso Molina

Crítico de arte madrileño



Nora. Óleo sobre tela.